



El Risón

PERIÓDICO ILUSTRADO CÓMICO Y HUMORÍSTICO.

DIRECTOR LITERARIO
D. CARLOS FRONTAURA

DIRECTOR ARTÍSTICO
D. ALFREDO PEREA.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN.
Calle de Preciados, núm. 5, librería, Madrid.—Teléfono 684.

Se publica los domingos.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En toda España: Trimestre, 3 ptas; semestre, 5,50; año, 10.
Extranjero y Ultramar: Año, 15.
Número suelto, 15 céntos.—Atrasado, 25 céntos.

NUESTRAS CRIADAS, *por Rojas.*



—¡Qué bien estaría yo de señora!...



CRÓNICA.

En verdad digo á ustedes que me tienen algo escamado esos doctores ilustrados, ó iluminados, cómplices en el nuevo sistema médico recreativo que tan interesantes hace á las señoritas enfermas, y les proporciona además el aplauso en los salones y una envidiable notoriedad.

Porque han de saber ustedes que á mí me pasa algo, y esto me pone en cuidado. He consultado con un médico del antiguo régimen, y me ha dicho que no haga caso, pero que procure divertirme y no estar sin dinero.—«¡Ahí me duele!» le contesté. Y él repuso:—«Pues procure usted que no le duele.» Y tomando el duro que le arrimé por la consulta, nos despedimos.

Como ustedes supondrán, no he quedado satisfecho; pero dudo si iré á consultar á uno de los doctores arriba mencionados... ¿Y quién sabe si descubrirá que soy un *sujeto*, y me llevará con él á los salones del gran mundo, y acabaremos él y yo por dar sesiones en el teatro Felipe y hacernos de dinero largo?... Me pierdo en un dedal, digo, en un dedalo de confusiones.

Pero todavía no he dicho al lector lo que me sucede.

Pues una friolera: me sucede que me pongo á escribir alguna cosita cómica, y me sale trágica, con lo que mi ruína es segura.

¿Quién sabe si algún doctor hypnotizante ó judaizante se está divirtiendo conmigo desde su casa, y lo que me sucede es obra suya?... Porque no hay que fiarse de esos que están dotados de tal potencia de voluntad, que con sólo levantar un dedo le obligan á uno de cerca ó de lejos, á dormir, á estirarse, á encogerse, á estornudar y á hacer, en fin, lo que á ellos les dé gana.

Por eso no sé si me atreva ó no me atreva á consultar á uno de esos brujos de levita, que en tiempos pasados hubieran sido quemados en vivo, porque pudiera suceder que fuera á caer en la misma boca del lobo. ¡Guarda, Pablo! Por lo pronto me limitaré á contar á ustedes lo que me pasa.

Esto de que siempre me llamen *domingo*, ó festivo, que es lo mismo, me compromete á estar constantemente alegre como unas castañuelas, y crean ustedes que esta obligación me pesa más que un pecado.

Pero no hay remedio, he de cumplirla. Ningún empresario de teatro me pide un drama ó una tragedia; ningún editor solicita de mí cosas serias

y transcendentales. Aquél me dice:—«¡Hombre, escríbame usted una comedia muy cómica, muy cómica». Y este otro me escribe:

—«Necesito algunos artículos festivos de usted y que sean amenos, divertidos, para que se rían los suscritores, que se quejan de la extremada seriedad del periódico.»

Y yo en seguida amontoño cuartillas blancas, cojo la pluma y me preparo á escribir una comedia titulada, pongo por caso, *El sietemesino*.

Me parece que el título ya indica lo cómico de la obra. Y en efecto, el principio no me sale mal. El padre del *sietemesino* es un gran señor que á los setenta años se casó con una aldeana de veinte. Al comenzar la comedia aquél tiene noventa y la esposa cuarenta, y el hijo diez y nueve, y también interviene en la acción un sobrino del padre; este sobrino tiene la misma edad que la ex-aldeana, es decir, cuarenta años... Al llegar á la mitad del acto, empiezo á estraviarme, haciendo aparecer al gran señor de los noventa años, pero muy bien conservado y todavía fuerte y vigoroso, y poniendo en boca de este respetable y simpático personaje estos versos con que principia un monólogo:

De la vida en el camino,
más pena hallé que placer...
¿Qué más pena que tener
un hijo sietemesino?...

Y desde este punto, lector amigo, la comedia cómica se me convierte en drama trágico, y no hay medio de volver á lo cómico, á lo *domingo* ó festivo, que por lo visto, constituye mi especialidad literaria.

Hago esfuerzos titánicos, sudo más que un gañán cavando la tierra, ó que un chocolatero machacando el cacao, ó lo que sea lo que echan en el chocolate, y nada. Al final del acto primero, si al final he llegado, el gran señor batalla rudamente con la obsesión de que el *sietemesino*, que nació por cierto en Filipinas, se parece más que á él en carácter, pensamientos y fisonomía, á su sobrino, que también es un punto filipino. Y tengo que meter en el cajón el acto de la comedia, ó romperlo, y he perdido el tiempo lastimosamente, porque aunque me decidiera á continuarlo y á llegar á lo sublime del horror, figúrese el lector qué cara pondría el empresario que me ha pedido una cosita cómica cuando leyera el drama adulterino del *sietemesino* filipino.

Abandonado el *sietemesino* á su suerte, resuelvo complacer al editor, que solicita artículos festivos para amenizar su periódico.

Ya encontré el asunto. *Una boda en el Vivero*.

No empiezo mal. El novio es un tratante en caballerías, ya hombre hecho, rico, bruto él, y la novia una chica de la fábrica, pitillera, muy guapa y con un hoyito en la barba que le hace mucha gracia al de las caballerías, y á otros.

Hasta aquí va bien. ¡Eche usted mantones de

Manila, y collares de aljófar, y buenas piernas, que se ven al subir las señoras á los ómnibus y Riperts desvencijados que llevan la boda al Vive-ro! Esta descripción me sale muy animada, con mucho color, y el cuadrito me va gustando. Pero de pronto, sin medir las consecuencias, trazo en cuatro rasgos el tipo sombrío de un chulo siniestro, falso amigo del novio, y novio que ha sido de la novia antes de conocer ésta al novio con quien casa... Y ya está aquí la nota trágica, porque el tal chulo no me le quito de encima, y lo que empezó regocijado cuadro de costumbres populares acaba en terrible pelea entre los dos novios, que se dan de puñaladas, y el chulo muere como un perro, y el tratante en caballerías pasa la noche de boda en la cárcel, quedando la pitillera en la situación que puede figurarse el lector.

¿Cómo llevo esto al editor que quiere amenizar su publicación?—Me gusta la amenidad, diría.

¡Bah! bah! Describiré un sarao de la buena sociedad para el periódico *El buen tono*. Diré que es un capítulo de una novela inédita, aunque no exista la novela.

Y empiezo.

Los condes del Bonetillo celebraban el décimo aniversario de su matrimonio, un matrimonio sin nubes al parecer. El sarao estaba brillante. Allí se hallaba todo Madrid, todo el ministerio, todo el cuerpo diplomático, incluso los chinos. La descripción de la casa me llena tres ó cuatro cuartillas; el gran salón, el despacho del conde, el gabinete de la condesa, el gran comedor, la biblioteca, el cuartito del ángel, la niña de los condes, más fea que un coco, hasta el dormitorio de la cocinera, todo es allí rico, elegante, todo denuncia el buen gusto de los dueños de la casa. Todo esto con muchos detalles que prueben que yo conozco lo mismo que el a, b, c el estilo florentino, el Renacimiento, el gótico puro y el impuro, y á Benvenuto, y á Alberto Durero, á Calvino y al mismo Lotero, digo Lutero. ¡Apenas me doy pisto como escritor erudito en artes, ciencias, letras y demás ramos del saber!...

Luego entra la descripción del baile... Vueltas vertiginosas de vals, suprema distinción de la condesa en el rigodón... Baila con su suegro, un general de la guerra de la Independencia... no; de la Independencia no puede ser, porque sería demasiado viejo; de la guerra carlista... y de pronto á la condesa se le doblan las rodillas y cae desvanecida... Acaba de ver á un gallardo y arrogante mancebo agregado á la embajada de... Esto de los puntos suspensivos, para reservar el nombre de la nación, es de muy buen efecto. El lector cree que la narración es de hechos verdaderos, y alaba la exquisita prudencia del autor. Pero ¿por qué se ha desmayado la condesa?... Porque el mancebo aquél es ni más ni menos que un duque tártaro que fué su amante en Cracovia, donde ella per-

tenecía á una compañía de zánganos ó zingaros. Y ya estoy perdido, porque asoma aquí el drama, y la nota cómica se fué á paseo...

No hay más: yo padezco bajo el poder de un hipnotizador incógnito que me quiere perder. Esto no me ha sucedido jamás hasta ahora que han salido con sus malas artes esos dominadores de la voluntad ajena que le mandan á cualquiera despóticamente:—«¡Duerma usted!—¡Baile usted!—¡Despiértese usted!—¡Escriba usted!—¡Alégrese usted, ó ¡Aflijase usted!»

No. ¡Pues hasta ahí podían llegar las chanzas! Si averiguo quién es el doctorcillo hipnotizante que me quita lo de festivo y me quiere obligar á escribir por lo trágico para que se rían de mí los lectores, creo que me lo cómo vivo. Vaya el brujo á divertirse con su abuela, ó con alguna señorita histérica, ó con el ministro de Hacienda, y sugiera á éste la idea de renunciar á su proyecto de recargar en un ciento por ciento las cédulas personales, y deje en paz á un hombre de bien y festivo en una pieza que ha venido á este mundo, por lo visto, con la obligación de tener siempre buen humor.

VENTURITA.

THE FUNERARY.



—¿Por quién lleva usted luto?...

—Por nadie y por todo el mundo. He establecido una Funeraria, y cuando voy á las casas de los difuntos me parece conveniente presentarme de luto. Es una prueba de consideración, aunque no participe del sentimiento de la familia.



—¡Jesús! No sea usted malo, barón.

—¡Señoral... ¿Pues acaso estoy hablando á usted de algo malo?...

NOSCE TE IPSUM.

Don Hermógenes el de Moratín lo hubiera dicho en griego para mayor claridad:

—*Gnotí seauton.*

El problema de conocerse á sí mismo es uno de nuestros «más arduos y transcendentales problemas.»

Hay gentes que han llegado á la madurez de su edad y al pleno goce de sus derechos civiles y políticos, y no sabrían qué contestar á un alcalde, ó cosa así, que les preguntara, como el de *Sueños de oro*:

—¿Sois mujeres ú civiles?

Y este desconocimiento del yo lo han padecido hombres que llenan páginas y más páginas en la historia de la humanidad.

Nerón murió diciendo:

—¡Qué artista pierde el mundo!

Pocos hombres tan acertados al definirse á sí

mismos; y sin embargo, Nerón no acertó más que á medias. Él se tenía por un gran artista lírico, y la posteridad conserva efectivamente su recuerdo como el de un gran artista... pirotécnico.

Carlos V acabó en Yuste la carrera de su vida, persuadiendo á los monjes que le rodeaban, no de su gran superioridad como político, sino de su admirable maestría como relojero.

Todo el orgullo de Federico el Grande se cifraba en tocar deliciosamente la flauta. Las consecuencias de la batalla de Rosbach y de su amistad con Voltaire le tenían sin cuidado.

—En cambio,—solía decir,—mi nombre irá perpetuamente unido á la historia de ese melodioso instrumento.

¡Y ésta es la fecha en que el mismísimo maestro Valverde, el compañero de Chueca y hermano de doña Balbina, ignora semejantes datos, á pesar de ser un erudito monografista de la ya citada flauta!

El marqués de Bogaraya, alcalde que fué de

Madrid, emula entre nosotros la noble y honesta ambición de Federico de Prusia; y lo cierto es que una flauta es háto más difícil de manejar que el bastón del alcalde y el cetro del rey.

Rossini, por el contrario, entendía que es me-



nester más pulso para tener la sartén del mango que para tocar el piano ó el violín.

Poco antes de su muerte, y como uno de sus aduladores le dijese poco menos que con él se acababa el arte, respondió con escéptica sonrisa:

—Lo que se acaba conmigo es la receta auténtica de los macarrones.

Newton, en vez de envanecerse por haber descubierto la ley de la gravedad, se vanagloriaba de su destreza en preparar los huevos pasados por agua.

Y ya que hablo de huevos de esta clase, ¿cómo olvidar que Carlos III cifraba el mayor de sus méritos en la manera de romper la cáscara con la cucharilla?

¡Quizás estas aplicaciones del *nosce te ipsum* son las mejores pruebas de la superioridad de Newton, del talento de Rossini y de la seriedad de Carlos III!

Otros han muerto ignorándose á sí mismos.

Los cervantistas nos han presentado á Cervantes, filósofo; Cervantes, político; Cervantes, teólogo; Cervantes, náutico; Cervantes, administrador militar; Cervantes, economista; Cervantes, cosmógrafo; Cervantes, arabista; Cervantes, cinegético; Cervantes, gastrónomo; Cervantes, idealista; Cervantes, naturalista; Cervantes, liberal y demócrata; Cervantes, inspirador de *El Siglo Futuro*; Cervantes, propagandista de *La Risa*; Cervantes, agente de *The Funerary*; Cervantes, libre-pensador; Cervantes, esclavo del Santísimo Sacramento...

El autor del *Quijote* murió en ayunas de todas esas cosas.

¡Ah! No cogería tan de sorpresa á Castelar una enumeración de calidades por ese estilo; pero... caigo en la cuenta de que *La Risa* debe permanecer ajena al «candente terreno de la política y las personalidades», y paso á otro asunto, repitiéndome el lema de estas líneas:

—*Nosce te ipsum.*

Cuyo alto sentido y honda transcendencia nunca se recomendarán bastante á los humanos, desde los más altivos á los que pescamos en ruin barca.

No hace muchos días preguntaba yo á un mi amigo:

—¿Te gusta Chateaubriand?

Y me respondió:

—Sí; lo cómo muchos días en Fornos para almorzar, unas veces con trufas y otras con patatas.

Esta clase de gloria póstuma no la previó el autor de las *Memorias de Ultratumba*... Ya la quisieran para sí muchos literatos ilustres de oganño, á quienes nunca podremos tragar ¡aunque nos los sirvan en Fornos con trufas ó patatas!

Cualidad propia de artistas es el desdén hacia su principal mérito y el afán de lucir otros talentos distintos de los que el público les aplaude.

Rafael—no el de Córdoba, sino el de Urbino,—gustaba más de los elogios otorgados á sus sonetos que de las alabanzas otorgadas á sus cuadros.

A Goya le importaba un ardite que le dijiesen: —¡Mal pintor!

Pero se ponía hecho una furia si alguien le decía:

—Usted no entiende una palabra de toros.

Algo análogo es lo que le ocurre á Alfredo Perea.

—¡Qué mal dibujas!—le digo yo, aparentando sinceridad, y se queda tan fresco.

—Pero, consuélate, le digo después, porque lo que es en el dominó, todavía eres más torpe.

Y el amigo Alfredo, hecho una furia, me tira inmediatamente á la cabeza el seis doble, el seis cinco, el cinco doble y el seis cuatro.

El célebre Ingres se ponía hecho una furia si le encomiaban sus lienzos; pero agradecía en el alma que le ponderasen su habilidad en tocar el violín.

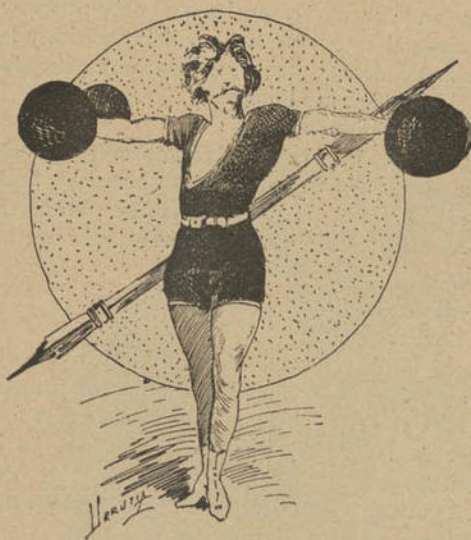
Lo contrario de lo que sucede con muchos Orbanejas de ahora. Quieren que se les elogie lo que pintan, y lo único que hacen bien es tocar el violón.

Víctor Hugo y no sé qué célebre pintor francés, asistían á un sarao dado por cierto advenedizo. El Crespo les pidió que le dejaran un recuerdo en su álbum. El poeta hizo un dibujo; el pintor unos versos.

Gustavo Doré solía decir con frecuencia:

—Como dibujante, no soy gran cosa; pero como gimnasta, no hay quien me gane. Mis planchas son maravillosas.

Lo que es en esto de las planchas ¡hay por aquí cada Gustavo Doré!



Y no hablemos de aquel médico ilustre entre los músicos, y músico insigne entre los médicos,

*porque la consigna
no permite hablar,*

como cantaban en *La gran duquesa de Gerolstein*, y cantan todavía en Eslava por la tarde.

¿Ustedes creen que Gayarre funda su vanidad en el canto?

¡Quí! A él que le digan todo lo que quieran; pero ¡cuidado con negarle que es un gran jugador de mús!

Los únicos seres á quienes envidia el famoso tenor son *Lagartijo*, *Frascuelo* y *Mazzantini*.

Mazzantini, en cambio, suele decir:

—Si yo no fuera Mazzantini, quisiera ser Gayarre. Mi vocación era quizá la ópera italiana... Hasta tengo el apellido más italiano que él.

El Ostión, seguro de su fuerza, se encoge de hombros si le llaman mal banderillero. Lo que no aguanta á nadie es que le digan:

—¡Anda de ahí, mal liberal! ¡mal demócrata!

León XIII, antes que Papa, es poeta. El emperador del Brasil dejaría mejor su corona que su casaca de académico de todas las Academias. Mr. Grevy, cuando dejó hace algunos meses la presidencia de la República francesa, decía:

—Con tal de que no me quiten mi taco, y mis bolas, y mi mesa de billar...

Una vez encontré á Galdós, y le dije:

—He tenido el gusto de ver el tomo tal ó cual de los *Episodios Nacionales*, edición ilustrada...

El eminente novelista respondió con esta pregunta:

—Y ¿qué le han parecido á usted los dibujitos que he hecho yo?

Este afán por dar diversas direcciones al ta-

lento, es un modo eficacísimo de rendir culto al *nosce te ipsum*.

Creo, no obstante, que la mejor manera de observar el precepto inscrito en el templo de Delos consiste casi siempre en obedecer estos otros sinónimos modernos de aquél:

- ¡Retírate á la vida privada!
- ¡No escribas más!
- ¡Cuelga los hábitos!
- ¡Córtate la coleta!

MARIANO DE CAVIA.

CANTARES.

Tienes unas ocurrencias que á cualquiera le hacen gracia; casta dices que es tu esposa... ¡como que se nombra Casta!

Si se casase Cupido, que es un Dios que está soltero, ¿qué traje le pintarían si hoy nos le pintan en cueros?

Cuando no te conocía solía darme á Luzbel; hoy sé quién eres, y te oigo como quien oye llover.

Si es caro igual que querido, entiendo que hablan en plata cuantos afirman que son algunas mujeres caras.

¡Que te duele el corazón!... Pues ¿desde cuándo le tienes que no lo he notado yo?

Dices que tienes un monte donde tu fortuna está... ya sé yo qué monte es ése: es el Monte de Piedad.

Hablas mucho de tu honor y de tu honradez sin tacha... dime de lo que presumes, te diré lo que te falta.

FLORISTÁN DE MADRID.



—¡Qué bárbaro!... Pues por poco no me tira al suelo el bruto... —¿Me incumodu?... No, porque esu me lu llama todú el mundo.

EL MAESTRO DE BAILE.



He aquí un tipo próximo á desaparecer de la escena del arte teatral.

Y es un dolor, porque con él desaparecerá una de las glorias de la coreografía española, traidoramente asaltada por el género francés.

Genuinamente representante del maestro de baile español, no queda más que un ejemplar.

Manuel Guerrero.

Un hombre público, batallador él, rubio él, muy guapo él, y con circunstancias él, dice que Felipe Ducazal es el último *manolo*.

Parodiando la frase del gran político, digo yo, que el último maestro de baile es el insigne cordobés antes citado.

Desde que para desgracia de la coreografía perdió España al gran Antonio Ruiz, quedó Manuel Guerrero por único y exclusivo general de los ejércitos de Terpsícore.

Hace ya muchos años, almorzaba yo un día en el café Oriental.

Con la habilidad que le distinguía *se me había convidado* Perico Manguela.

Era yo su víctima de la mañana.

En una mesa inmediata á la nuestra disputa-

ban sobre asuntos políticos varios toreadores con los picadores Pinto y Paco Calderón.

Cada uno de ellos tenía una taza delante de sí.

Era por el mes de Mayo.

El jefe de la mesa era Salvador, circundado ya por la aureola de la gloria.

Lamentábase Perico de la estrechez en que vivía—por el mal estado en que España se encontraba—y de repente, iluminado su cerebro, como se inspira Castelar con el ruido de los aplausos, exclamó:

—España se va. No espere usted nada de un país donde Pinto toma té, Frascuelo habla de política, y yo, á tantos de Mayo, voy vestido de invierno. Y gracias á que la Providencia está *finísima conmigo*, porque aún hace fresco, de noche sobre todo.

Perico Manguela tenía razón.

En los buenos tiempos, los picadores de toros no bebían más que *mollate* y *bala rasa*.

Para que tomaran té, era preciso que se encontraran muy enfermos, casi *in artículo mortis*.

A Charpa le recetaron en cierta ocasión fricciones de aguardiente alcanforado, y el gran picador de toros le dijo al médico:

—Si usted me lo permite, el aguardiente me lo tomaré á sorbos, y pa tomarlo, me echaré del lado del dolor. Es

lo mesmo. Él irá á su sitio.

En aquellos tiempos había picadores de toros.

En aquellos tiempos había maestros de baile.

Llegaba al teatro el maestro á las ocho de la mañana, y después de calzarse las zapatillas y *arremangarse* los pantalones *por mor* del barro, ó para evitarles bigoterías, él, personalmente, regaba el escenario con una regadera *ad hoc*.

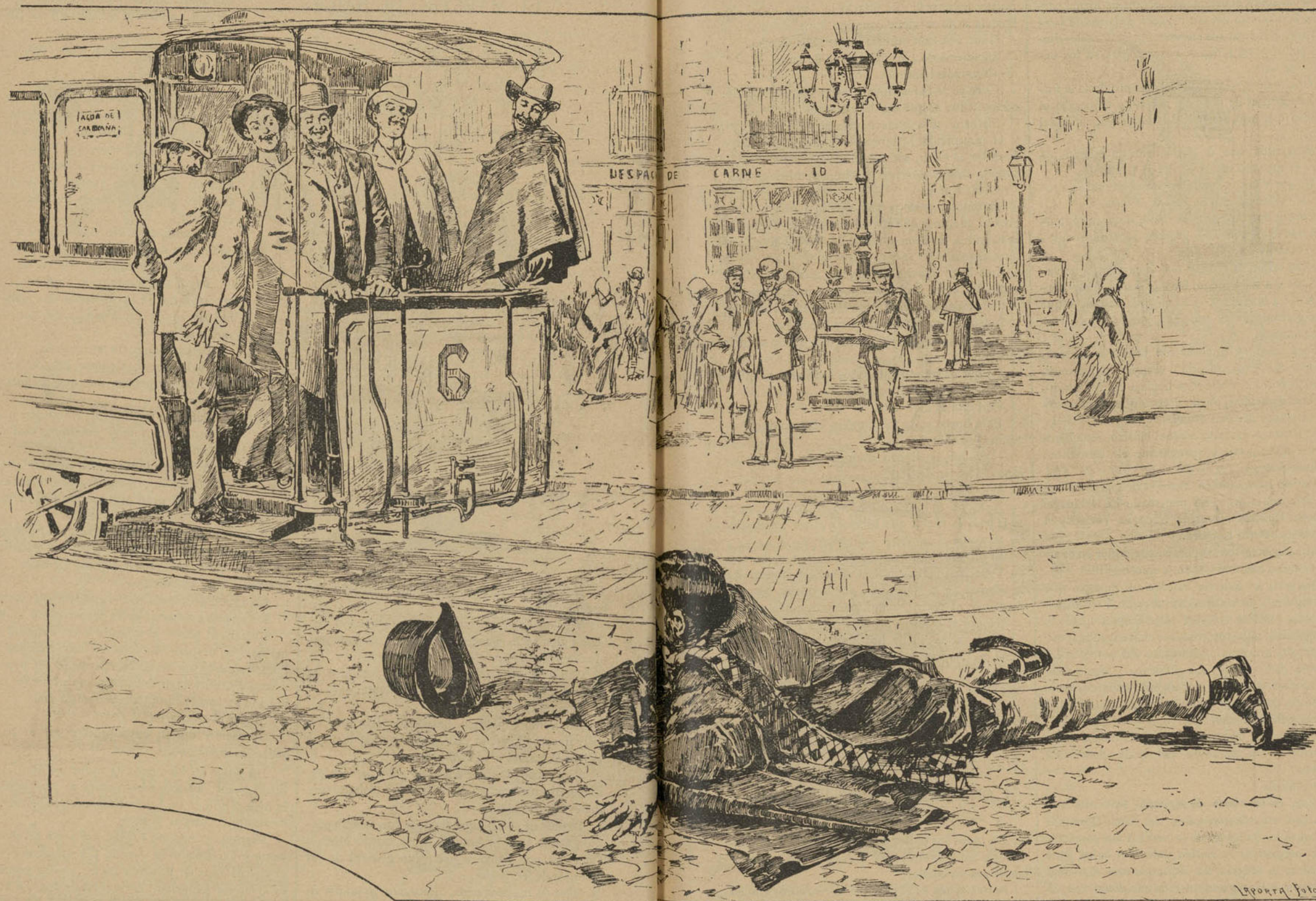
¡Regar el escenario!

Operación difícil, cuya práctica no es para todas las inteligencias.

Un grado más ó menos de humedad en el tablado puede ocasionar la fractura de una pierna, la dislocación de un brazo de cualquier apreciable danzante, ó costarle la vida.

Mientras el maestro regaba una parte del prosenio y hacía bajar la concha del apuntador—si el guardarropa no lo había hecho ya—se vestían de corto las bailarinas, ó estudiaban cogidas á la vara, cuyas veces podía hacer cualquier bastidor, las que ya estaban vestidas.

Coincidió con estas operaciones la llegada del violin de ensayo, profesor crepuscular, músico matutino que abandona el lecho á las siete de la



En este mundo traidor,
el pobre que descuida,
y da al fin gran caída
siempre es el buen humor.

mañana, sobre acostarse tarde, porque forma parte de la orquesta del teatro; pero *hormigueta para su casa*, aumenta sus haberes con seis reales diarios por sus funciones de *rasca tripas* en los ensayos de baile.

Una vez dispuesto todo, el maestro decía la frase sacramental de «vamos, niñas», y empezaba el estudio con una formalidad digna y propia del caso.

Momentos antes de dar la voz de mando, tomaba el maestro un sorbo del de Chinchón.

No por vicio, ni siquiera por costumbre de tomar la mañana, sino *pa jechar la bilis*.

Porque los maestros de baile de gran reputación han sido, como los grandes toreros, andaluces ó castellanos.

Vista usted de flamenco á un catalán, á un valenciano ó á un gallego, hágaless usted decir cuatro flores á las niñas, y me juego la cabeza á que salen perfumadas de *escudella*, *paella* ó *pote*, respectivamente.

Para *jalear* y quebrar *con salero* la cintura, hay que oler á manzanilla y escupir boquerones.

Si la flor ó el requiebro huele á *bocas*, entonces, con seguridad, puede decirse que requiebro y flor salen por *boca de ángel*.

El maestro de baile español clásico se hubiera creído deshonrado al presenciar el tecnicismo del baile francés.

Pas de busé, *roasan seasé* y *contraseasé* son palabras que nunca han manchado los labios de Antonio Ruiz, la Vives, la Nena, la Vargas y la famosísima Petra Cámara.

El buen maestro empezaba por poner en escena los bailes creados por su propio talento.

Discurría *un asunto*, buscaba un maestro que le compusiera la música con arreglo á sus inspiraciones, y así se concibe cómo hayan quedado consagrados algunos cuadros coreográficos de reputación universal, tales como *La zambra*, *La tertulia*, *Ayer y hoy*, *La flamenca* y otros muchos, partos pasmosos del ingenio español, abriplantados con la preciosa música de Cristóbal Oudrid y Pepe Arche.

Y era de ver cómo el maestro explicaba á los bailarines el argumento del baile puesto en ensayo.

Oigámosle.

—Esta es la venta de Eritaña. Hay allí una mesa con muchísimas cañas de vino. Obsequio que hacen los juncas de la tierra á sus mocitas. Están de *juerga* y bailan todos un jaleo para demostrar su alegría. La Pepa, que eres tú,—dice señalando á la segunda,—está *encalomá* con el Tremendo; tú, Joselillo.

A lo mejor del caso se presenta Curriya sola—que es la primera—con mantilla blanca y muchos moños, y le dice al Tremendo, con la cara, las manos y los pies: «Yo me bailo mejor que esa

mujer; bebo más que ella, y le doy á usted dos bofetás si no se viene conmigo inmediatamente.»

Todo esto con mímica, ¿entendéis ustedes?

Dirigiéndose á los del cuerpo de baile.

—Y armáis la bronca.

Curriya se baila un zapateado, como diciendo: «Así pisoteo al que me desmienta.»

Mientras más se crece, más se achica la Pepa, y el Tremendo le ofrece una caña; pero llega Juanillo el buró, contrabandista,—que soy yo,—coge la caña y derrama el líquido con desprecio.

Otra bronca.

Entonces, para probar que la Curriya corre por mi cuenta y que soy el mozo más valiente de la Serranía de Ronda, me bailo dos coplas de bolero, al reloj.

Les hago mucha gracia, me toman miedo, y como las cosas andaluzas—entre buena gente—acaban todas con vino, convido á todo el mundo, y empieza la cosa con palmas y luces.

Ya veís que el argumento no puede ser más interesante.

Lo que os recomiendo sobre todo es la mímica.

Sin mímica no hay nada.

Con ella se dice todo.

Para burlarse de mí, me dijo el gran don Antonio Guzmán:

—Dígame usted con mímica que mi cuñado llegó anteayer de Getafe.

Y se lo dije.

Anteayer es lo único que no entendió, porque se le pasó la sílaba que hice con el pie izquierdo.

Se acaba el ensayo.

El maestro almorzaba en su casa, tomaba café en Venecia, jugaba después al mús, y copeaba en la taberna de la Margarita; por la noche, después de comer, al teatro, y aquí paz y después gloria.

¡Honor al maestro antiguo!

El de hoy... el de hoy gasta levita, chistera; toma té, chapurrea el francés, y lo que es peor aún...

¡Tiene frac!

El maestro de ahora es al baile clásico español lo que Mazzantini al toreo antiguo.

RAFAEL MARÍA LIERN.

CANTORES ESPONTÁNEOS.

En todos los países hay tipos callejeros de vendedores ambulantes, que pregonan sus mercancías á voz en cuello.

Pero España es el país de los cantores ambulantes.

Aquí no se contentan con pregonar sus mercancías, sino que «se adornan» con la música y adjetivan los géneros que ofrecen.

Principalmente en Andalucía.

Los vendedores de pescados en Málaga cantan romanzas cuando vocean.

—¡Los boquerones, la pescá, la pescaiya! ¡Plata que vendo!

Un vendedor de objetos de tocador recorría las calles de Málaga, no hace muchos años, y aquellos pregones que salían de su boca eran piezas de ópera relativa.

—¡Batidores, lendreras, llevo baratos: pastillas finas de jabón de olor!

Y terminaba su pregón con unas fioriture que conmovían los corazones más duros de las mocetas, y asomaban ellas la cabeza coronada de *viznagas* y de marimónas para ver al vendedor y aun para comprarle algo.

Que tanto influye la música en las chicas de bien.

En «Seviya» hay vendedores que podrían pasar por cantantes de zarzuela económica.

—¡Es una lástima!—me decía un popular maestro ó maestro popular compositor de música.—Entre esos vendedores he encontrado tenores, barítonos y bajos que hubieran dado días de gloria á su patria cantando ópera italiana ó un poco italiana.

Los vendedores ambulantes se renuevan con el transcurso de los años.

Lo mismo que sucede con el personal de todos los institutos y corporaciones, mal comparado.

Pero se conservan algunos veteranos, ya sin voz y todavía sin voto, que nos recuerdan los días de la infancia.

Con eso ocurre lo que con la música, que produce diversos efectos, según los recuerdos que despierta en nosotros.

Es tan convencional la música... dicho sea con perdón de los filarmónicos.

He conocido á más de una señorita tierna, al parecer, que en oyendo cantar «el *Miserable* del Trovador», según decía alguna de ellas, rompía á llorar como si se le hubiese muerto *Manrique* media hora antes.

En cambio, un brigadier á quien traté, no sin precauciones, sostenía que lo más triste era la guitarra de su asistente.

Tocaba el chico lo mismo que si rascara con un gato las cuerdas del instrumento.

Si serían tristes aquellas notas.

Para unos es una alegría instrumentada la Muñeira.

Para otros es bailable y alegre el canto del *Muezin*.

No es la pieza musical en sí, es la época de la vida en que la oímos por primera vez, ó con la que acostumbáramos á oirla lo que le presta alegría ó tristeza.

Recuerdo á una señora viuda que se dedicó á fumar en pipa, solamente porque su difunto fu-

maba, y asistía á las reuniones y no se privaba de su vicio ni en los teatros.



En más de una ocasión hubo de intimarla algún guardia de seguridad, aunque no contra incendios:

—Señora, aquí no se puede fumar.

Los vendedores ambulantes *per sé y per accidens*, tienen caracteres muy salientes en nuestro pueblo.

En Madrid se conservan algunos de la época de Pepe Hillo, y no hace muchos meses murió una pobre anciana del ramo de fosforeras del reino, que pertenecía á la edad de piedra, por lo menos.

Hablaba del Dos de Mayo de 1808 lo mismo que de los sucesos de San Daniel y subsiguientes.

Era una crónica en pergamino, un incunable, á pesar de hallarse vacunada, según confesión propia.

Por esas calles continúa y en algunos cafés penetra el vendedor de corbatas.

—Buenas corbatas de gró superior, negras y de color. Buenas, bonitas y baratas.

Esta es la letra de un recitado monotono y siempre con el mismo sentimiento de víctima del comercio.

Las rabaneras no son ya lo que fueron.

Tenían fama de desvergonzadas, pero con gracia, lo cual atenúa á lo otro.

Hoy puede ser cualquier señora rabanera, á juzgar por la mansedumbre de la clase.

Eran manolas puras, y conservaban las tradiciones del gremio.

Y lo mismo se observa en la respetable clase de naranjeras.

Aquellas mozas, buenas mozas, que usaban el zapato bajo con galgas, la media calada y la fal-

da corta y con faralares, se borraron para siempre.

La castañera cocida, es decir, la vendedora de castañas asadas, que pintó de mano maestra don Ramón de la Cruz, apenas existe y muy cambiada.

Desde que asan castañas al vapor, ya no son nadie.

La olla agujereada, el hornillo y el fuelle eran sus atributos.

El profeta de las malvas y la sanguinaria tampoco recorre las calles de Madrid.

Me dijo un caballero que está en el Consejo de Estado.

Pero yo no lo creí, desde luego.

Era un tipo original, que recorrió varias carreras: fué vendedor de hierbas, después aguador, y volvió á su primera profesión después.

Los muchachos y las gentes del vulgo declarando le seguían, y le proporcionaban verdaderas ovaciones á su paso.

Fué uno de los introductores del reclamo en Madrid, ejemplo que luego imitaron otros sujetos, y no quiero señalar.

Por esas calles anda un tenor con la cabeza de algodón en rama; un pobre italiano que canta alguna cosita de *Il Trovatore* y *La Donna e mobile*.



Pone el grito en el cielo, y cuando quiere sacar una nota alta, se para y levanta la cabeza.

Los chicos le denominan.

«El Truvador.»

Se supone que emigró de su país por causas bucólicas.

El que vende los polvos para matar «insectos sucios», como decía Moratín, es otro tipo.

Han desaparecido: el borrador del teléfono, que era un lugareño tuerto; es decir, tuerto, si puede

darse ese calificativo al hombre que usaba por un ojo un huevo cocido.

Ofrecía «piedras para afilar navajas de afeitar, buenas.»

Quedan los requesoneros que anuncian la primavera, en combinación con las vendedoras de ramitos de violetas.

Quedan las freseras de lujo, y las ayellaneras.

Y queda la cañamonera, que conoció al señor Godoy cuando era chico.

Todos son recuerdos para el que asocia el comercio ambulante con la vida pasada.

Todos son recuerdos.

Nunca olvidaré una carraca que tocaba cuando era niño...

¡Ah! ¡Era yo entonces tan pequeño!

EDUARDO DE PALACIO.

DEFINICIONES DEL AMOR.

UN POETA.

Es esperanza y desvelo,
torpe afán y dulce calma;
es un sol que alumbra el alma
con resplandores del cielo.

Resumen de nuestra historia
en el corazón anida.

Su fuego nos da la vida,
su aliento nos da la gloria.

Amor hace al débil fuerte
y al fuerte le hace temblar.
¡Morirse es dejar de amar!...
Así es tan triste la muerte.

UN MATEMÁTICO.

Amor es nada y es todo;
es un cálculo importuno.
Problema que cada uno
se lo resuelve á su modo.

De su *valor* verdadero
la *cantidad* no se ha escrito.
Amor es el infinito.
¡Cero, partido por cero!

UN CÓMICO.

Mi opinión es muy sabida.
Yo sostengo que el amor
siempre es el *primer actor*
de los *dramas* de la vida.

Y sin estudio profundo,
se ve que el amor hermoso
hace también de *gracioso*
en los *sáinetes* del mundo.

Con mérito singular
los dos géneros promedia.
¡Amor es una *comedia*
que hace reír y llorar!

UNA COQUETA.

No me hizo sentir jamás
ni hay temor de que me inquiete.
El amor es el juguete
que á mí me divierte más.

Ni turba mis alegrías
ni mitiga mi dolor.
¡El amor es una flor
que cambio todos los días!

1.^a2.^a3.^a4.^a

GRACIAS INFANTILES, por D. Perea.

UN GRAMÁTICO.

Tras estudio reflexivo,
opino que el verbo *amar*
es un verbo irregular
y aun á veces defectivo.

Si lo *conjugo*, en efecto,
veo claro y evidente
que más que un tiempo *presente*
es un *futuro imperfecto*.

Si hago á el amor *declinable*,
lo encuentro un nombre ramplón.
¡Lo que es la *declinación*
del amor es detestable!

UN TORERO.

Haré al amor un insulto,
mas sé que asusta al más guapo,
porque es bicho que huye al trapo
y se vá derecho al bulto.

Como es muy duro enemigo,
no hay que esperar que se entregue
ni hay que dejarle que llegue
á la muerte sin castigo.
¡Lidiando en el redondel,

sepa todo *matador*,
que si no mata al amor
el amor lo mata á él!

José JACKSON VEYAN.

LENGUAS.

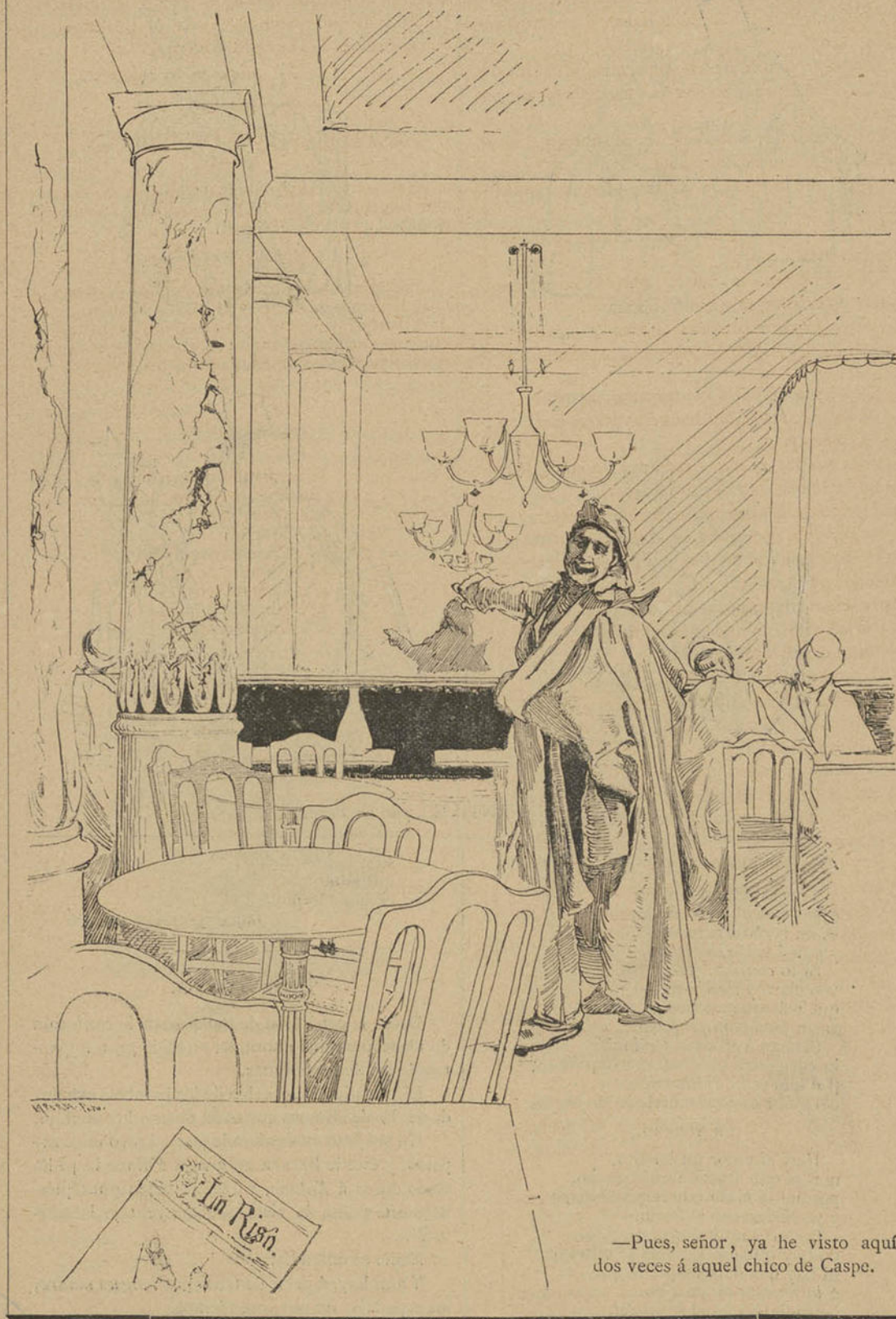
Desde la confusión de Babel hasta la confusión
de ideas que reina ahora, ha ofrecido gran impor-
tancia eso de las lenguas.

Dios castigó la soberbia de los hombres arman-
do un lío de idiomas que ni Él mismo lo entendió.

Un prójimo cualquiera le pedía á otro unos za-
patos, y éste le llevaba un gorro. *Fulano* le pedía
cinco duros á *Zutano*, y recibía cinco puntapiés.
Bajo este punto de vista, fué una ventaja la con-
fusión.

Nadie se entendía.

Y aun hoy, á pesar de tener una *lengua madre*,
los españoles no nos entendemos.

LOS PALETOS EN EL CAFÉ, *por Bori.*

—Pues, señor, ya he visto aquí
dos veces á aquel chico de Caspe.

MADRID DE NOCHE, por Urrutia.



Efectos de la sugestión en la raza canina.

ANUNCIOS.

LA RISA

SEMANARIO ILUSTRADO, CÓMICO Y HUMORÍSTICO.

SE PUBLICA LOS DOMINGOS, Y CONTIENE
artículos y poesías de nuestros principales
literatos, y viñetas y caricaturas de los
mejores dibujantes.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN.

En toda España.—Trimestre, 3 ptas; semestre, 5,50; año, 10.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 ptas.

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número corriente.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de tres meses.

Los señores suscriptores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia á nombre de D. Miguel Guijarro, á la Redacción y Administración, Preciados, 5, librería. Teléfono 684

LIBRERÍA DE MIGUEL GUIJARRO

PRECIADOS, NÚM. 5, MADRID.

EL MILANO DE LOS MARES

NOVELA MARÍTIMA

por

D. ALEJANDRO BENISIA.

Dos tomos en 4.º, con láminas. Precio, 6 pesetas.

EL CORAZÓN EN LA MANO

(MEMORIAS DE UNA MADRE)

por

D. ENRIQUE PÉREZ ESCHICH.

Dos tomos en 4.º, ilustrados con magníficos cromos. Precio, 12 pesetas.

EL LIBRO DE MARÍA.

Cuadros de la vida de la Virgen

por

D. EDUARDO BUSTILLO.

Un tomo en 8.º, con láminas. Precio, 2 pesetas.

